A continuación encontrarás una muestra del libro «Me cambiaron el libreto».

Puedes adquirir el libro aquí:
https://www.editorialunilit.com/me-cambiaron-el-libreto

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros por el correo info@editorialunilit.com

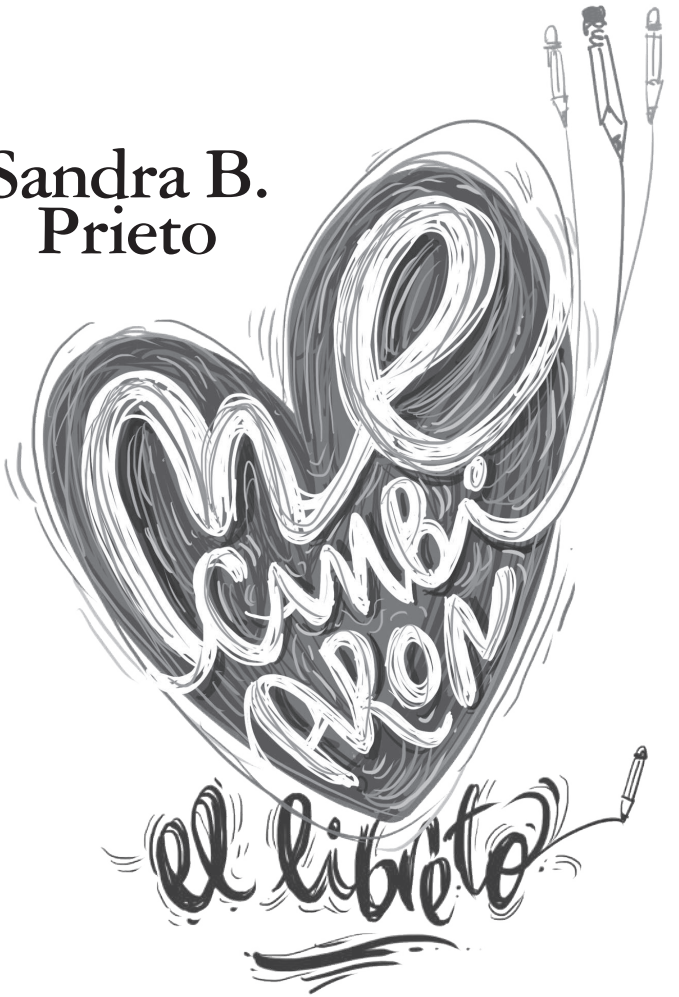
Me Cambiaron
El Libreto

Aunque con episodios inimaginables y lejos de lo que soñé, el autor de mi vida no se equivocó y me escogió para vivirla, paso a paso, hasta el capítulo final.

SANDRA B. PRIETO

Prólogo por: Glenda Umaña

Sandra B.
Prieto



Aunque con episodios inimaginables
y lejos de lo que soñé, el autor de mi vida no se equivocó y me
escogió para vivirla, paso a paso, hasta el capítulo final.

Prólogo por: Glenda Umaña

Contenido

Introducción 1

Parte I 5

1. Embarazada de la promesa: seré mamá 7
Conociendo al príncipe azul que no encajaba en mi promesa 7
Felicitaciones por su matrimonio, ¿cuándo llegarán los hijos? 9
Pronto saldrá a la luz lo que Dios quiere de mí 11
Embarazada de la promesa 12
En medio de la espera, acallando mi ansiedad 14
Una promesa, dos bendiciones 17

2. Una promesa cumplida: me convertí en mamá 21
Caminando con las sandalias de la promesa, aun sin verla 22
Renunciando a los límites para ver el poder ilimitado de Dios 24
A partir de hoy, ¿me cambiaron el libreto? 26
Un viaje en avión, sin tiquete de regreso 27
Una puerta hacia lo desconocido 30

3. Caminando en el cumplimiento de la promesa: Anna y Juan 35
Ama, las personas serán la extensión de tu amor 36
Bienvenida a casa..... 37
No es por nuestra sangre, sino por el poder de Su sangre..... 38
Nuestro propósito es acerca de otros - A, B, D, ¡ups! C..... 40
Mirando nuestras circunstancias desde arriba, en el cuarto C..... 46
No como lo soñamos, pero finalmente lo logramos..... 53
4. Llegamos a casa..... 65
Por sobre la ciencia y la tecnología, es Dios quien nos sostiene..... 66
Un nuevo momento de rendición: entregando lo que creímos que nos
había sido dado..... 72
Una nueva asignación. Úsame, Señor..... 74
5. Activando las respuestas que vienen directamente del cielo 79
Mi respuesta viene del cielo no de la oficina del seguro social..... 79
Un diagnóstico de parálisis no significa una sentencia de parálisis..... 81
Retornando al orden de Dios para comer 84
Tornando nuestra fe en actos de fe..... 89
6. Mamá doctora con dos especializaciones: Anna y Juan 93
Reinventándonos para asumir nuestra asignación..... 93
La madre de un niño con parálisis cerebral y una enfermedad
congénita del corazón. 97
La madre de una niña con síndrome de procesamiento sensorial
y aversión a la comida 100
Compartiendo lo aprendido 101

Parte II 105

7. Un compañero de viaje 107
Yo soy el Dios de tu vida, incluyendo tus finanzas 108
¿Una marca en la cara? No, un nuevo episodio, lejos de lo que imaginamos 113
Ni Colombia ni la Florida, nuestro próximo destino: Atlanta 117
Un viaje de regreso a casa: las campanas sonaron 131
8. Un nuevo comienzo 137
Aceptando mi presente y soltando mi pasado para abrazar mi futuro . 137
De regreso a casa, aceptando nuestra realidad 140
Un nuevo príncipe 144
9. Hasta que te vuelva a ver 151
Una nueva prueba para el corazón 151
Un corazón lleno de las ganas de vivir 154
Aprendiendo a entregar el control 156
Aumento de estatura 158
Una meta alcanzada y otras por alcanzar 160
Corazón valiente 161
Montes por conquistar 163
Sin mirar atrás, mejores momentos están por venir 165
Regresando a casa a encontrarme con papá 168
El medicamento era para otro Juan 170
Abrazar e irradiar amor fue su misión 172

Epílogo 175
Abrazando nuestro dolor para abrazar el mañana 175
Gratitud 181
Conoce acerca de Sandra 185
Referencias bíblicas en cada capítulo 191
Notas y referencias 195

Parte I

1. Embarazada de la promesa: *seré mamá*

Una mañana del mes de abril de 1992, estaba, como de costumbre, tomando un tiempo para hablar con Dios. Ese día, en un momento de silencio, sentí algo muy fuerte en mi corazón: la certeza de que un día sería mamá, y que mis hijos nacerían de mi vientre. Para ese entonces tan solo tenía veinte años, y aun cuando en el libreto de mi vida me veía casada y con hijos; en ese momento, en lo último que estaba pensando era en formar una familia. Mi enfoque estaba en terminar mi carrera y ser una exitosa profesional de la salud mental, y ayudar a otros a superar sus obstáculos en la vida.

Conociendo al príncipe azul que no encajaba en mi promesa

Cuatro años después, ya graduada de la universidad y en el comienzo de mi vida profesional, conocí a Steve. Él, un hombre fascinante, había dejado su país de origen, los Estados Unidos de América, para ir a Colombia —mi país natal— a desarrollar programas de generación de ingresos para personas muy pobres. Me cautivó su pasión por trabajar en favor de los pobres; pasión que también estaba en mi corazón.

Yo, para ese entonces, estaba trabajando como directora de un programa en la universidad donde me gradué como psicóloga clínica, y

había asumido la dirección de una entidad financiera que ayudaba a mujeres muy pobres a iniciar y expandir pequeñas empresas. Adicionalmente, estaba muy involucrada en actividades en la iglesia donde asistía, realizando toda clase de proyectos; siempre enfocada en ayudar a los demás.

Pocos meses después de conocerlo, sentí que su vida y la mía —como él mismo me dijo un día— se cruzarían por más tiempo del que nosotros mismos nos imaginábamos.

Esa misma razón le llevó a decirme, al poco tiempo de conocernos:

—No puedo tener hijos y quiero que lo sepas.

En el momento sonó extraño, pues ¿qué hombre te va a decir algo así, al poco tiempo de conocerte?; pero su comentario lejos de atemorizarme me hizo reafirmar que nuestra relación no iba a ser pasajera. Sentí que ese era el hombre con quien me iba a casar, y que Dios nos permitiría tener hijos nacidos de mi vientre, aun cuando él acabara de decirme que no podía tener hijos. ¿Cómo iba a suceder? No lo sabía, pero estaba segura de que así ocurriría. Claro que, para ser honesta, a veces mi mente comenzaba a pensar desde la lógica humana: <<si p implica q, entonces q no podría darse sin p>>. Yo sabía que habría hijos, pero para que ellos llegaran, obviamente vendrían de un hombre que pudiera tener hijos; así que ¿cómo era posible casarme con un hombre que no podía tener hijos y aun así tenerlos? En esos momentos llevaba mi mente de regreso a mi centro, Jesús, y entendía que la lógica humana no podía compararla con la lógica de Dios.

Si el Dios que nos dice en la Biblia que <<un día es como mil años y mil años son como un día>> ***(2 Pedro 3:8 NTV)*** era quien me había dado profunda convicción de ambas cosas; seguramente ya había determinado cómo sucedería. Entonces decidí confiar en Él, sin cuestionar.

Felicitaciones por su matrimonio, ¿cuándo llegarán los hijos?

En abril de 1997, Steve y yo nos dimos el sí. En una sencilla, pero muy bella ceremonia, unimos nuestras vidas en matrimonio. Ese día estuvo rodeado de mucha alegría, expectativa y celebración. Gran parte de los invitados a la boda fueron mujeres de comunidades muy pobres que pertenecían a los programas sociales de generación de ingresos, a través de los cuales nos habíamos conocido.

Como toda relación, pasamos por un tiempo de adaptación. Tiempo en el que aprendimos a disfrutar de los momentos felices y también difíciles.

En nuestro segundo año de matrimonio, Steve me dijo que le había pedido perdón a Dios por haberse practicado una vasectomía, sin haberle preguntado si ese era el momento de hacerlo. Seis años antes de casarnos, Steve se había divorciado. De esa unión había una hija, Gwyneth. Un tiempo después del nacimiento de ella, él decidió que no quería tener más hijos y se practicó la vasectomía. Esa es la razón por la cual, al poco tiempo de conocerme, me había dicho que no podía tener hijos.

Me compartió que el día que me confesó que él era estéril, lo hizo sabiendo que podía perderme, pero con la convicción de que, si yo era la mujer que Dios estaba trayendo a su vida, ni esa noticia nos iba a separar. También me dijo que al casarse conmigo, el anhelo de tener hijos renació, y eso lo llevó a pedir perdón a Dios, por haber actuado en sus fuerzas y de manera impulsiva.

En ese mismo año, Steve estuvo investigando y encontró que, al parecer, había una posibilidad de que le hicieran una cirugía para revertir la vasectomía. Cuando Steve me dijo de esa posibilidad y que quería consultar a un médico, mi corazón rebosó de alegría, y pensé: <<Dios, ¿es esto lo que vas a hacer para que podamos tener hijos?>>

Steve se sometió a la cirugía para revertir la vasectomía; sin embargo, meses después, el médico nos dijo que la cirugía no funcionó. Nos pusimos muy tristes, pero decidimos seguir confiando y creímos que, si la cirugía no era el medio, Dios haría un milagro de otra manera.

Por esa época, de hecho, la pregunta común: ¿Cuándo van a tener hijos?, comenzó a rodearnos. Al comienzo, esa pregunta no me afectaba y la asumía con jocosidad; tenía la fe para creer que, en el tiempo perfecto, sería mamá, y mis hijos nacerían de mi vientre. Sin embargo, los años pasaron, y con ellos muchas subidas y bajadas emocionales. La ilusión de <<esta vez sí estoy embarazada>>, llegaba disfrazada de varias formas, pero rápidamente se desvanecía dejando un sinsabor y un vacío profundo en mi alma.

Poco a poco, sin darme cuenta, las voces que yo suelo llamar *aplanadoras de la esperanza* comenzaron a tener su impacto en mi mente y mi corazón. Tal vez, la más impactante de todas, la que me marcó más de lo que yo creí, llegó a través de los labios de alguien que tenía mucho valor para mí. Esa persona me miró a los ojos y me dijo:

—Sandra, creo que no has quedado embarazada y no vas a tener hijos, porque tú no fuiste dotada para ser mamá; tú tienes una exitosa carrera y estás con muchos proyectos todo el tiempo, ¿has pensado que tal vez no fuiste creada para ser mamá?

Lloré, y mucho, pues sentí que si esa persona, cuya opinión era tan importante para mí, pensaba que yo no tenía la capacidad de ser mamá, ¿qué esperanza había para mí?

Esas palabras lograron penetrar hasta lo más profundo de mi ser; comencé a convencerme de que mi rol en la vida era otro, y que, tal vez, lo que había sentido a mis veinte años fue un *corto circuito espiritual,* y yo no había escuchado realmente la voz de Dios, o no había entendido lo que quiso decirme.

Pronto saldrá a la luz lo que Dios quiere de mí

Nunca verbalicé que había renunciado al anhelo de ser mamá, pero mis actitudes comenzaron a demostrarlo. Sin darme cuenta, me enfoqué más y más en mi carrera, y dejé de frecuentar muchas reuniones sociales; pues parecía que el único tema de conversación eran los hijos, y todo giraba en torno a ese tema. Yo, como no tenía nada para compartir, me sentía relegada y terminaba uniéndome al grupo de los hombres para hablar de economía o del gobierno.

Aunque aparentaba que no me importaba, eso no era verdad. Steve y mis amigas más cercanas, calladamente, sentían mi dolor. Un día, una de ellas me dijo que la acompañara a una reunión que hacía semanalmente una predicadora muy reconocida en Colombia. Me dijo que esa mujer había orado por muchas mujeres que no podían tener hijos y habían quedado embarazadas y que ella quería que orara por mí. Aunque me sentía frustrada por tener que ir a que oraran por mí, acepté su invitación. En el fondo, tuve la esperanza de que esta vez sí sería.

Llegamos al sitio, el cual estaba abarrotado. Esta mujer habló de las vasijas útiles y las comparó a las vasijas de barro hechas por un alfarero; allí nos habló de cómo este les da forma usando diferentes técnicas de alfarería, y las somete a temperaturas superiores a los mil grados centígrados para completar el trabajo. Nos describió que, una vez sometidas a esta temperatura, las vasijas de barro son capaces de conservar, indefinidamente, la forma que se les dio. Luego, dijo:

—Algunas de ustedes son como esas vasijas de barro y han estado escondidas, y han sido sometidas a temperaturas muy fuertes; pero, pronto, Dios las sacará a la luz y va a usarlas de manera sorprendente.

Fue una de las conferencias más poderosas que haya escuchado en mi vida, ¡nunca la olvidaré! Sentí que yo era una de esas vasijas a las que ella se refirió y comencé a llenarme de expectativa sobre lo que Dios iba a hacer con mi vida.

Al final, mi amiga se acercó a decirle a la predicadora que yo no podía tener hijos, y que, por favor orara por mí, pero la predicadora le dijo a mi amiga que ese día no oraría por eso, que la próxima semana oraría por mí. Me sentí un poco mal, debo confesarlo, pues pensé que ni siquiera había sido digna de que oraran por mí, además de que la siguiente semana estaría en un viaje de trabajo. No obstante, me fui feliz a casa, pues tuve la convicción de que la razón real por la que fui a ese lugar fue para recibir el mensaje de que pronto saldría a la luz lo que Dios quería de mí, y que ya estaba preparada.

Siempre, desde mi niñez, había estado activa sirviendo en la iglesia; sin embargo, sabía que Dios tenía algo más, e iba a comenzar a verlo desde ese momento. Ese día, Dios me sacó de la oscuridad y comenzó a hacer cosas preciosas con mi vida.

Me entregué por completo a seguir trabajando en pro de las causas que me entusiasmaban. Para ese momento había iniciado una carrera como consultora internacional, en temas de emprendimientos para mujeres y temas de estrategia para empresas. Establecí un programa de prevención para jóvenes (adicciones, desórdenes alimenticios, influencia de los medios en los jóvenes y sexualidad); daba conferencias de sanidad interior y restauración; ayudé a establecer escuelas de discipulado, lideraba grupos de mujeres en la iglesia, y muchas cosas más. Probablemente una que llenó mi corazón profundamente fue cuando se me encomendó liderar el equipo de alabanza y adoración de la iglesia Filadelfia de Puente Largo. Fue un tiempo especial donde vi muchos frutos, y poco a poco me fui entregando. Empecé a pensar que los hijos que Dios había dicho que iban a nacer de mi vientre, eran los proyectos y personas que Dios había traído a mi vida para servir en ese tiempo.

Embarazada de la promesa

Sin embargo, en el 2002, algo inesperado sucedió. Unas predicadoras de Venezuela visitaron la iglesia en Semana Santa. El Jueves Santo, ellas

estaban orando por un grupo de líderes, entre los que estábamos Steve y yo. Él, para ese tiempo, estaba viajando por el mundo como líder de una organización internacional, y lideraba en la iglesia el equipo de misiones y un proyecto de personas sordas.

Las predicadoras nos hicieron formar en parejas e iban orando por cada una. Cuando terminaron de orar por nosotros, una de ellas se devolvió y dijo que había una palabra de Dios para nosotros:

—Porque vienen hijos para ustedes, y nacerán de tu vientre —dijo mirándome a los ojos, y le dijo a Steve—: Hoy, Dios quita la culpa que has tenido por años, por tu matrimonio fallido, y Dios te da la vitalidad para que de ti nazcan los hijos que tanto han anhelado.

¡Una promesa que habíamos comenzado a enterrar había revivido! No paramos de llorar, pues ellas no sabían nada de nuestra vida. Dios reafirmó a través de esas palabras que lo que sentí once años atrás no había sido invención mía, sino que nació en el corazón de Dios para mí, acorde con un propósito que todavía no se revelaba por completo. Fue emocionante, yo, ¡por primera vez realmente me sentí embarazada de la promesa de ser madre!

No obstante, los meses pasaron y nada sucedió; bueno, nada de lo que creíamos que debía haber pasado.

Por ese tiempo, Steve y yo comenzamos a salir a trabajar de manera directa con iglesias, grandes y pequeñas, en temas de liderazgo, estrategia y crecimiento espiritual. En cada lugar, alguien nos daba una palabra de que vendrían hijos a nuestro hogar, u oraban porque Dios nos diera hijos. Lo hacían sin saber que ese era el anhelo de nuestro corazón.

Un día, estando en casa, mientras hablaba con Dios, vino a mi corazón la certeza de que tendría un niño, y sentí que su nombre sería Juan. ¿Cuándo sucedería? Seguía siendo una incógnita; solo sabía que iba a suceder.

A la siguiente semana, una amiga que asistía a uno de los grupos que lideraba en la iglesia, se me acercó y me entregó un regalo. Era un saco de bebé de color verde manzana. Me dijo que Dios había puesto en su corazón entregármelo. Yo, dije:

—Gracias, Dios, esta es una confirmación de que tendré un niño.
Pasados unos pocos meses, estaba liderando un retiro de sanidad interior. En un tiempo de descanso, una de las mujeres que fue para ayudar, se me acercó y me dijo:
—De antemano me disculpo por lo que le voy a decir, si es algo incorrecto. —Luego prosiguió—: Mientras daba la charla, Dios puso en mi corazón que va a ser mamá de una bella niña y que su nombre será Anna, pues ella reconocerá la presencia de Dios desde una temprana edad.
Yo, le agradecí a la mujer por haber sido arriesgada y darme la palabra. Sin embargo, me sentí confundida. Menos de tres semanas atrás, yo había sentido que tendría un niño y que se llamaría Juan, y ahora alguien venía a decirme que sería niña y que se llamaría Anna. Dentro de mí, dije: <<Señor, te he rogado por uno, y ahora, ¿me dices que van a ser dos?>> En mi lógica humana, dije: <<Si para tener uno he tenido que esperar todo este tiempo, entonces, ¿cuánto más tendré que esperar por dos?>>
A los pocos días, la hermana de la amiga que me regaló un saco de bebé se me acercó a decirme que había tenido como una visión donde Steve estaba cargando dos bebés y presentándolos a la iglesia. Semanas después, otra amiga se me acercó y me dijo que quería orar para que yo tuviera hijos, pero que ella quería orar por gemelos; y la pastora de la iglesia me dijo que ella había tenido un sueño en el que me veía con dos bebés, y que ella creía que yo tendría gemelos.
Creo que Dios me había hablado, claro y fuerte. En ese momento, mi corazón se estremeció pues tuve convicción de que vendrían dos bebés al mismo tiempo. ¡Uau! Sería mamá por partida doble.

En medio de la espera, acallando mi ansiedad

Habían días de ansiedad y otros de calma, esperando el día en que se haría realidad la promesa. Una vez, por ejemplo, decidí sentarme en la

última fila de la iglesia y un joven de mi equipo de adoradores se sentó al lado mío y recostó su cabeza sobre mi hombro (esos jóvenes eran como hijos para mí). Yo, para ser franca, no estaba prestando atención a la charla. Mi mente estaba a mil kilómetros pensando: <<¿por qué todavía no llegan mis promesas?>> Cuando, de repente, este joven me dijo:
—Sandrita, yo creo que tus hijos no han llegado porque todavía no has terminado tu trabajo con nosotros; así que todavía no es el tiempo.
Lo miré y me quedé perpleja, pues era como si hubiera leído mi mente, y una vez más, mi ansiedad bajó. ¡Qué cuidado tan especial el de Dios sobre mi vida! Él sabía que necesitaba esas palabras de reafirmación, una vez más.
En abril del 2005, me estaba preparando para ir a liderar la alabanza y adoración en la iglesia; ese día iría una invitada especial: resultó ser la misma predicadora que se rehusó a orar por mí unos años atrás para que yo pudiera tener hijos; la que le dijo a mi amiga: <<oraremos por ella la próxima semana>>.
Antes de salir de casa, Dios puso en mi corazón abrir la Biblia. Cuando lo hice, fue en una parte que dice: <<El año que viene, por esta fecha, ¡tendrás un hijo en tus brazos!>> ***(2ª Reyes 4:16 NTV).*** ¡Yo me emocioné tanto! Sentí que el cumplimiento de la promesa estaba cerca y que pronto sería mamá.
Esa noche, la predicadora habló exactamente de ese pasaje; ¡yo estaba maravillada! Su charla la hizo alrededor de la vida de la mujer Sunamita, una mujer que no podía tener hijos; yo creí que iba a orar para que las mujeres tuvieran hijos. Sin embargo, no lo hizo. Es más, terminó de hablar y se fue. A los ocho días, oh sorpresa, el pastor la invitó, otra vez. Ese día, antes de iniciar su charla me pidió que me quedara en la tarima todo el tiempo. Al final de la charla, se me acercó y me pidió que comenzara a cantar, suavemente. Luego dijo que antes de orar, quería pedir perdón, pues la semana pasada tuvo que irse muy rápido por el afán de llegar al aeropuerto pues tenía un evento en otra ciudad en la mañana; pero Dios había puesto en su corazón que había una mujer por la que debía orar y no lo hizo.

Pidió que todas las mujeres que anhelaban tener hijos y no habían podido quedar embarazadas, pasaran adelante. Ahora, la sorprendida fue ella, pues yo solté el micrófono, y bajé de la tarima tan rápido como pude, para pararme en frente, y que ella orara por mí. No entendí por qué tenía que haber sido de esa manera, solo sé que fui obediente y esperé porque un milagro sucediera; si esa era la forma en que Dios iba a activar el milagro de ser mamá, yo no iba a perder mi oportunidad.

Entendí que Dios tiene un tiempo para todo en nuestras vidas. Tal vez tú también has estado esperando por algo que te ha sido prometido y nada que llega. Quiero que recuerdes que, si Dios lo prometió, Él lo hará; ¡no te centres en el cuándo, sino en la certeza de que, en Su tiempo, sucederá!

Llegó el mes de junio y nada sucedía, así que mi ansiedad comenzó a aflorar otra vez, y con esta, un dolor muy fuerte en mis ovarios. Por años había sufrido de dolores menstruales muy fuertes, pero este dolor era mucho más intenso y difícil de soportar; era un dolor muy parecido al dolor que había tenido unos años atrás, cuando me habían diagnosticado y operado de endometriosis. Fui de inmediato a la ginecóloga, pues temí que la endometriosis fuera la causa de mi dolor. Ella coincidió con mi preocupación y ordenó unos exámenes. Para nuestra sorpresa, todos los resultados salieron negativos. Es más, ella me dijo:

—No sé de dónde viene el dolor, pero no hay nada malo; de hecho, tienes un útero en perfecto estado. Si vas a concebir un hijo, este sería el momento perfecto para eso. —Y agregó—: Hazme un favor, dense la oportunidad de visitar al médico que está al cruzar el pasillo, él es especialista en infertilidad.

Steve ya había pasado por una decepción cuando la cirugía para revertir la vasectomía no funcionó, así que cuando le comenté acerca de visitar este médico, se rehusó y yo no lo forcé.

Pasaron tres meses y mi corazón estaba triste, pues si iba a abrazar unos hijos en abril, en julio debía haber quedado embarazada y no

había sucedido. A esa tristeza se unió una nueva sorpresa: a Steve lo llamaron para ir a liderar una institución muy grande en Haití. Me pidió que lo acompañara a un viaje exploratorio, y que oráramos para tomar una decisión. Lejos de alegrarme, desfallecí, pues me pareció totalmente incompatible que unos hijos pudieran llegar en medio de cambios de país y nuevos desafíos. Acompañé a Steve al viaje exploratorio; cuando estábamos de regreso a Colombia, sentada sobre mi maleta en el aeropuerto de Haití, sin aire acondicionado, a más o menos cuarenta grados centígrados, mis lágrimas comenzaron a caer y le dije al Señor:

—No te entiendo, no entiendo nada. No vivo centrada en si voy a tener hijos o no, pero cada vez que he querido morir a ese sueño, tú lo avivas, para luego hacer que se desvanezca, otra vez. Hoy regreso a Colombia con la convicción de que voy a venir a vivir en Haití. Solo sé que te amo, y antes que cualquier cosa en mi vida, desde niña te dije que mi anhelo más grande era servirte; así que aquí estoy, entregándote, una vez más, mi sueño de ser mamá.

Una promesa, dos bendiciones

Para mi sorpresa, cuando llegamos a Colombia, Steve me dijo que le diera la información del médico de fertilidad, pues quería pedir una cita. Ahí sí que quedé confundida. Fuimos a ver al médico y este nos dijo que había una posibilidad de tener hijos a través de la fertilización in vitro, y nos explicó el procedimiento, así como las tasas de éxito. Nos mencionó que alrededor del veinte por ciento de tratamientos funcionan, y que, usualmente las parejas pasan por varios tratamientos antes de quedar embarazados. Recuerdo la firmeza de Steve con el médico, al decirle:

—En nuestro caso será una sola vez.

Salimos al pasillo y Steve me dijo:

—Sandra, este va a ser el medio, lo siento en mi corazón, y no van a ser varias veces, pues sé que la primera vez funcionará, es una convicción.

Ese mismo día, iniciamos el tratamiento. Muy lejos de la idea que tenía sobre el día en que concebiríamos a nuestros hijos, lo nuestro estuvo lleno de horarios, visitas frecuentes al médico, inyecciones y un montón de cambios hormonales en pocos días; los cuales no terminaría de enumerar.

Luego de todo un proceso, tuvimos que esperar. Un domingo a las seis de la mañana recibimos la llamada del médico, nos pidió ir a su consultorio a las siete de la mañana, pues ese día implantarían los embriones. Hasta la implantación de los embriones fue con horario.

Al llegar al sitio había seis parejas en el mismo proceso. Cuando llegó nuestro turno, el médico nos dijo que nos tenía dos noticias, una buena y una mala. La buena noticia era que había dos embriones listos para ser implantados en mi útero, y la mala era, que no teníamos ningún otro embrión para guardar, por si estos no se implantaban. Steve les dijo a los doctores que esa noticia no era mala, para nada. Que los dos embriones se implantarían, y que, de hecho, uno de los embriones era de un niño y el otro de una niña.

Uno de los médicos se rio y le dijo:

—¿Y me vas a decir cómo se llaman?

Y Steve le respondió:

—Sí: Anna y Juan.

A los tres días de implantados los embriones, Steve salió para Haití y yo me quedé en Colombia, esperando las noticias sobre el tratamiento y rentando nuestra casa. Antes de ir al aeropuerto, fuimos a un restaurante para almorzar. Estando allí, Steve comenzó a llorar y me dijo:

—Sandra, sé que tendremos dos hijos: un niño y una niña. Sin embargo, percibo en mi espíritu que tendremos que luchar por la vida del niño; él va a nacer con muchos problemas.

Yo no sabía qué decir, y me puse a llorar con él. Pedimos a Dios su protección sobre ellos. Fue extraño, pues ni siquiera había un embarazo confirmado, y ya estábamos orando por las luchas que enfrentaría uno de nuestros hijos.

Por esos días ya habíamos anunciado a nuestra familia, amigos e iglesia, que saldríamos de Colombia. Había una mezcla de sentimientos en mi interior, pues me estaba desprendiendo de todo aquello a lo que había dedicado mi vida en todos esos años, sumado a la espera de las siguientes dos semanas, hasta saber si había quedado embarazada. En medio de esa espera, una amiga llegó a mi casa para darme un regalo de despedida. Cuando me lo entregó, dijo:

—Sandra, te entrego este regalo siguiendo una orden de Dios.

Ella no sabía del proceso en el que estábamos. Cuando abrí el regalo era un vestido para una bebita; mis lágrimas rodaron por mis mejillas, pues sentí que Dios estaba, una vez más, confirmando la promesa que me había dado. Ya tenía un saco para un niño, y ahora recibía un vestido para una niña.

Los días que siguieron fueron llenos de incertidumbre y de aferrarme a Dios; a aquel que me dio la promesa y la confirmó de diversas maneras.

A las dos semanas, el día 24 de octubre del 2005, en compañía de una amiga, salí muy temprano para hacerme la prueba de embarazo. Nos dijeron que un par de horas después, el médico me iba a llamar. A las 9:30 de la mañana sonó mi teléfono. Escuché una voz que me dijo:

—¡Felicitaciones! ¡No estás embarazada, sino *muy* embarazada! —me dijo—. De todas las parejas que fueron para implantar los embriones, ¡ustedes fueron los únicos que quedaron embarazados!

Mi amiga y yo nos tomamos de las manos, como un par de niñas, y nos pusimos a saltar de la alegría; gritamos, lloramos y reímos. Dos días después, tuve la experiencia más maravillosa que haya experimentado en toda mi vida. Fui al consultorio del médico para realizarme un ultrasonido y confirmar si estaba embarazada de uno o dos bebés. Mientras estaba allí, no solo vi dos puntos milimétricos que confirmaban que tenía dos vidas en mi interior, sino que, por primera vez, y gracias a la tecnología, pude escuchar los latidos de sus corazones. Sí, aunque eran tan solo unos pequeños embriones, ¡desde el momento que se habían formado, la vida había comenzado a latir en ellos!

¡Uau!, ocho años y medio después de haber unido mi vida a Steve, finalmente, la promesa que había recibido a mis veinte años, y que poco a poco se fue engendrando en mi corazón, ahora había sido engendrada en mi vientre. ¡Sería mamá, y por partida doble!

Reflexiona

¿Qué promesas has recibido y crees que aún están sin cumplir? ¿Qué te ha hecho perder la esperanza? ¿Qué está queriendo formar Dios en tu vida, o qué ha formado Dios mientras esperas?

Actúa

- **Embarázate de** las promesas de Dios. Si Dios te dio una promesa, en Su tiempo y a Su manera, esta se cumplirá. Vive como si ya fuera una realidad.
- **Identifica lo** que te ha hecho perder la esperanza de recibir sus promesas; luego acalla las aplanadoras de tu esperanza, usando cada una de las palabras que Dios te ha dado acerca de esa promesa.
- **Céntrate en** lo que Dios quiere formar en tu vida, mientras esperas Sus promesas. Lo que Dios forma en tu vida, mientras esperas, es parte de lo que Él te entrega para que puedas disfrutar a plenitud el cumplimiento de la promesa, y usualmente lo usa para propósitos mayores.

Recuerda

<<Pues todas las promesas de Dios se cumplieron en Cristo con un resonante <<¡sí!>>, y por medio de Cristo, nuestro "amén" [que significa "sí"] se eleva a Dios para su gloria.>>
(2ª corintios 1:20, NTV)

Si tus promesas están y permanecen en Cristo, ya fueron cumplidas en lo espiritual, y pronto las verás ante ti. Sin importar cuál sea la promesa, si Él te lo dijo, ¡entonces se hará!